

no..... 8.º El extranjero mira á todos los hombres como extranjeros; su corazón está en su patria, su espíritu con sus parientes, sus hijos, sus amigos: tal debe ser también la conducta del hombre creyente..... 9.º El viajero lleva una capa y un bastón; el cristiano debe llevar su cruz y revestirse de la capa de la oración, de la penitencia y de la modestia; debe revestirse de Jesucristo..... 10. El viajero no va inútilmente cargado; sólo lleva lo necesario; el buen empleo del tiempo exige también esto en el cristiano..... 11. El viajero no se detiene en su camino, sino que avanza para llegar al fin de su viaje. Hagamos lo mismo.....

S. Antonio mandaba decir cada día á sus solitarios: Hoy empezará á servir á Dios y tal vez será este el último de mis días. (*In Vit. Pair.*).

¿Queréis, dice Séneca, veros libre de vuestro cuerpo, de este pecado fardo? Habitadle como debiéndole dejar, miradle como á un extraño; y en la muerte le dejaréis sin dolor. (*Epist. XXIV*).

No tenemos en la tierra una habitación fija, dice S. Pablo, sino que vamos en busca de la mansión futura: *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus.* (Hebr. XIII. 14).

ENDURECIMIENTO.

¿QUÉ es un corazón endurecido? pregunta S. Bernardo. Es, dice, el que no tiene horror de sí mismo, porque no siente ya; es el que no se abre á la compuncion, ni se ablanda por la piedad, ni se conmueve por las oraciones, ni se intimida por las amenazas; es el que se endurece bajo los golpes de la gracia y de las venganzas de Dios. No abriga reconocimiento por lo beneficios, es infiel á los buenos consejos, desapiadado para condenar á los otros, sin vergüenza tratándose de las cosas más deshonestas, intrépido en los inminentes peligros de la salvacion, inhumano respecto de sus semejantes, temerario respecto á Dios, olvidando el pasado, perdiendo el presente, y careciendo de prevision para el porvenir. Del pasado sólo recuerda las injurias recibidas; mata el presente, cierra los ojos al tratarse del porvenir, y no los abre más que para vengarse. Para expresar en una palabra todos los horrores de un corazón endurecido, hasta decir que es un corazón que no teme á Dios ni respecta al hombre (1).

El endurecimiento es: 1.º La malicia del que quiere pecar y no quiere obrar bien.....; 2.º una terquedad y una adhesion firme á lo que está prohibido, hasta el punto de no querer desprenderse de ello, ni por los avisos, ni por los consejos, ni por las amenazas, ni por las promesas, ni por las recompensas, ni por los castigos, ni por las inspiraciones, ni por la gracia.....

Un corazón endurecido: 1.º no quiere comprender, para no verse obligado á obrar bien, dice el Salmista: *Noluit intelligere, ut bene ageret.* (XXXV. 4). Medita la iniquidad en su cama; permanece en la entrada de todos los malos caminos, y no rechaza nignun mal: *Iniquitatem meditatus est in cubili suo; astitit omni via non bona; malitiam non odivit.*..... (Psal. XXXV. 5). 2.º se alegra de obrar mal; se estremece de alegría en los mayores crímenes, dicen los Proverbios: *Latantur cum malefecerint, exultant in rebus pessimis.* (II. 14). Cuando nos alegramos de las cosas más vergonzosas, cuando nos placemos en ellas, es la mayor de las desgracias, porque cambiamos entónces los vicios en afecciones, en costumbres, y ya no cabe remedio.....; 3.º el corazón endurecido baja hasta el fondo del mal, se burla de Dios y de la virtud.....; 4.º su pecado

(1) *Quid est cor durum? Solum est cor quod semetipsum non exhorret, quia nec sentit. Ipsum est quod nec compunctione scinditur, nec pietate molitur, nec movetur precibus; nimis nos cedit, flagellis induratur. Ingratum est ad benedictum, ad consilium lectum, ad iudicia severum, invocandum ad turpem, impavidum ad periculum, inhumanum ad humanam, temerarium ad divina, proferendum obliviscens, presentium negligens, futura non providens. Ipsum est, cui presentium, preter solas injurias, nihil omnino non preterit, presentium nihil non perit; futurorum nulla, nisi ad ulciscendum, prospectio, seu preparatio est. Et ut in brevi cuncta horribilis mali mala complectar, ipsum est quod nec Deum timet, nec hominem exveretur. Lib. I. de Consolat.*

es como indestructible, y su herida incurable.....; 5.º no se avergüenza de sus crímenes, ni siquiera de los más degradantes.....; 6.º es incorregible.....; 7.º Dios le abandona, le rechaza, le desprecia y le maldice.....; 8.º herido de Dios, no siente nada, y no tiene ya remordimientos; los ha ahogado con sus excesos.....; 9.º con su costumbre fuerte é inveterada de obrar mal, le es casi imposible hacer bien y evitar obrar mal.....; 10. S. Pablo dice que semejante corazón amontona en sí el furor de Dios, y que está entregado á su reprobado sentido, llamando también este gran apóstol á semejante ser, hijo de perdition y vaso destinado á ser roto, vaso lleno de crímenes y de furores, del que se derraman los más negros crímenes.....; 11. este corazón añade iniquidad, sobre iniquidad, agrava más y más su deplorable y lastimoso estado, manchándose con nuevas inmundicias, sumergiéndose profundamente á cada hora y á cada momento en la inmensa cloaca de las pasiones más asquerosas é infamantes.....

No es endurecimiento gradualmente.

El hábito es el primer grado que lleva al endurecimiento, impediéndonos al fondo del abismo.....; el segundo grado es la ceguera del espíritu que nace del hábito de pecar.....; el tercer grado que conduce al endurecimiento, es la impudencia la obstinacion en en la voluntad de pecar, y la impenitencia.....; el cuarto grado es el desprecio de Dios.....; el quinto es la desesperacion: y con la desesperacion todo está perdido por el Cielo, no queda ya más que un infierno eterno.....

Los justos suben al Cielo por grados opuestos á los citados, por los grados de las virtudes. Porque de una virtud van á otra, y la virtud se cambia en santa costumbre. De ahí proceden grandes luces sobrenaturales. Iluminados, ya no tienen voluntad; la de Dios es dueña de su alma; no aman más que á Dios, y no esperan más que en él; perseveran en este precioso estado; crecen en él y su union con Dios se aumenta cada dia. Aunque están todavía en la tierra, su alma está en el Cielo y tienen seguro el Cielo, segun aquellas palabras del Rey Profeta: Irán de virtud en virtud hasta que vean al Dios de los dioses en la santa Sion: *Ibunt de virtute in virtutem; videbitur Deus deorum in Sion.* (LXXXIII. VIII).

El corazón endurecido es ciego.

Veamos detalladamente lo que es un corazón endurecido.

El hombre endurecido está en un abismo oscuro, y nada ve; la piedra de su endurecimiento cierra la entrada del abismo, en cuyo fondo yace: *Erat spelunca, et lapis superpositus erat ei.* (Juan. II. 88).

¡O insensatos gálatas, ó pueblo ciego! ¿quién os ha fascinado el espíritu para que no obedeciais ya á la verdad? *O insensati galatia, quis vos fascinavit non obedere veritati?* (Gal. II. 4).

Hablar de Dios, de relacion, de virtud á un corazón endurecido, es hacerle oír una lengua bárbara, extrana, un bronce sonoro, un címbalo que produce un ruido ininteligible.....

El corazón endurecido no ve ya la ley de Dios, ni sus deberes, ni los golpes de la justicia de Dios.....

El corazón de este pueblo está ciego, dijo Isaias; sus oídos no oyen; sus ojos están cerrados: ha temido ver la luz, oír la verdad, tener la inteligencia del corazón, convertirse y verse curado de sus males. (VI. 10).

Al hombre endurecido pueden aplicarse aquellas palabras de Jeremías: Mi alma ha caído en la fosa, y han colocado una piedra sobre mí: *Lapsa est in lacum vita mea, et posuerunt lapidem super me.* (Lament. III. 53).

En vez de mirar al Oriente, que es Dios, el endurecido se vuelve hácia el Occidente, dice S. Agustin, es decir hácia el mundo, el demonio, la muerte y el infierno: *Vocat te Oriens, et tu attendis Occidentem.* (Homil.).

El corazón endurecido es rebelde.

El rey Asuero llama á la reina Vasthi; pero ella rehusa y desprecia la orden del rey: *Quæ renuit, et ad regis imperium venire contempsit.* (Ester. I. 12). tal es la conducta del endurecido. El Rey de los reyes le llama con su gracia, su palabra, sus inspiraciones y sus beneficios; todo lo desprecia: *Quæ renuit, et ad regis imperium venire contempsit.*

Os he llamado, dice el Señor en los Proverbios, y vosotros os habeis alejado; os he alargado la mano, y vosotros no me habeis atendido; no habeis hecho caso de mis consejos, y habeis despreciado mis amenazas: *Vocavi, et renuistis; extendi manum meam, et non fuit qui aspiceret. Desperxistis omne consilium meum, et increpationes meas neglexistis.* (I. 24. 25).

Han endurecido su corazón como una piedra, y no han querido volver á mí, dice el Señor por boca de Jeremías: *Induraverunt facies suas supra petram, et noluerunt reverti.* (V. 3.) Han roto mi yugo, y se han desprendido de mis lazos de amor: *Confregerunt jugum, ruperunt vincula.* (Id. V. 5. ¿A quién hablaré? ¿á quien pediré que me escuche? Incircuncisos son sus oídos, y no pueden oírme; la palabra del Señor ha llegado á ser para ellos un oprobio, y no la recibirán: *¿Cui loquar? et quem contestabor ut audiat? Ecce incircumcise aures eorum, et audire non possunt; ecce vercum Domini factum est eis in approbium, et non suscipient illud.* (Id. VI. 10). Corazones endurecidos, os he llamado, y no me habeis respondido, dice el Señor: *Vocavi et non respondistis.* (Id. VII. 13).

Hé aquí lo que les he mandado, dice el Señor: Escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis el pueblo mío; y seguid constantemente el camino que os he señalado, á fin de que seáis felices. Empero ellos no me han escuchado, no han dado oído á mis voces; pero se han sumergido en los deseos depravados de su corazón; han vuelto atrás, y no han adelantado. Profeta Jeremías, diles todas estas cosas; mas no te escucharán: llámales, y no te responderán. (VII. 23-24-27).

Os he enviado de antemano á todos mis siervos, los profetas, para deciros: Retroceded en vuestro mal camino, y dedicaos ahora al bien; pero no habeis querido darles oído ni obedecerme: *Missique ad vos omnes sercos meos, prophetas, consurgens diluculo, mittens-que et dicens: Convertimini unusquisque a via sua pessima, et bona facite studia vestra: et non inclinastis aurem vestram, neque audisti me.* (Jerem. XXXV. 15).

Profeta Ezequiel, la casa de Israel no quiere escucharte, porque ni á mí mismo quiere oírme; porque toda la casa de Israel es de frente descarada y de corazon endurecido: *Domus Israel nolunt audire te, quia nolunt audire me, omnis quippe domus Israel atritia fronte est, et duro corde.* (III. 7).

Hé aquí lo que dijo el Señor de los ejércitos: Convertios de vuestros malos pasos y de vuestros malvados designios. Ellos empero no me escucharon, dice el Señor: *Hec dixit Dominus exercituum; Convertimini de vis vestris malis, et de cogitationibus vestris pessimis; et non audierunt me, dicit Dominus.* (Zach. I. 4).

Corazon endurecido, has dicho: No obedeceré: *Et dixisti; Non serviam.* (Jerem.).

Yo, vuestro Dios, vuestro Criador, vuestro Redentor y vuestro Rey, quiero reinar sobre vosotros, quiero colmaros de bienes, quiero salvaros; y me habeis respondido: No queremos que reineis sobre nosotros; no queremos otro Rey que nuestra voluntad, el demonio, el mundo y las pasiones: *Nolumus hunc regnare super nos.* (Luc. XIX. 14). *Non habemus regem nisi Casarem.* (Juan. XIX. 15).

Tal es la rebelion del corazon endurecido.....

Nada comu-
vo al corazon
endurecido.

El corazon del endurecido está marchito y muerto; ha llegado á ser como una roca, dice la Sagrada Escritura. Nada puede comoverle, ni caricias, ni amenazas, ni promesas, ni favores, ni el rayo, ni los castigos de Dios: *Emortuum est cor ejus intrinsecus, et factus est quasi lapis.* (I. Reg. XXV. 37).

El corazon del endurecido, dice Job, es duro como la roca, como el yunque bajo los golpes del martillo del herrero: *Cor ejus indurabitur tanquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus.* (XLI. 45).

Sumeridos en un profundo sueño, los endurecidos no se despiertan al estampido del trueno de las amenazas de Dios, dice S. Bernardo; ni tiemblan tampoco en medio del más espantoso peligro: *Alto demersi oblivionis somno, ad nullum dominæ comminationis tonitruum exersiscuntur, ut suum periculum exspesceant.* (In declamat.).

Divino Jesús, vuestra sagrada boca ha dicho que los muertos que yacen en las tumbas oírán la voz del Hijo del hombre y saldrán de las sombras de la muerte. (Joann. V. 25-28). O vosotros, corazones endurecidos más extraños á la vida que los mismos muertos, muertos desde más de cuatro días, cuyas entrañas ya corrompidas por hábitos inveterados dan horror, huesos secos y privados de toda savia, ¿nada podrá reanimaros?

El hombre sumergido en el endurecimiento de todo se burla y todo lo desprecia, la ley, la gracia, los Sacramentos, la palabra de Dios, la religion, la conciencia, la vida, la muerte, el juicio, el cielo, el infierno el tiempo, la eternidad y el mismo Dios..... Y nadie se desprecia tanto á sí mismo como el empedernido.... No escuchar á nadie, ¿no es despreciarlo todo?

El corazon en-
durecido todo
lo desprecia.

Los corazones endurecidos, dice S. Cipriano, desprecian los preceptos de Dios, que serian el más eficaz remedio de sus heridas; no quieren hacer penitencia; imprudentes ántes de cometer el crimen, se obstinan en permanecer en él despues de cometerlo. Cuando debian estar en pié, han caido; y cuando debian prosternarse y humillarse, han querido permanecer de pié: *Dei precepta contemnunt; medelam vulneris negligunt; agere penitentiam nolunt; ante admisionem facinus improvidi, post facinus obstinati; quando debuerant stare, jacuerunt; quando jacere et prosternare se Deo debent, stare se opinantur.* (Ex. lib. de Lapsis.).

Quando se ha llevado la audacia y la imprudencia, dice S. Bernardo, hasta no temer ni titubear, ya es cometer el mal sin estremerse, es un estado desesperado: *Impudentia et frontuositas, cum obtulerit ut non pœceat, non hæreat, non contremiscat, ea jam demum desperatio est.* (In Declamat.).

Quando el impio ha caido en el abismo de los pecados, de nada hace ya caso, dicen los Proverbios: *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* (XVIII. 3).

En medio de su impiedad, no sólo no buscan al Salvador los corazones empedernidos, sino que huyen de él al punto que se acerca. Están infinitamente lejos de Dios, y le desprecian cuando se acerca á ellos. La enfermedad del corazon endurecido es una aversion al remedio, porque ha perdido enteramente el gusto de los bienes eternos. Si se los presentais, le inspiran horror; si les enseñaís la tierra prometida, se vuelve á Egipto; el maná celestial sólo le excita el disgusto. La oreja extraviada no reconoce ya la voz del pastor que le llama y le tiende los brazos; quiero quedarse entre las dientes del lobo que la devora.....

El endurecido abusa de la oracion, de la gracia, del tiempo, etc..... Su ingratitude, su desobediencia y su terquedad le hacen peor.....

El corazon en-
durecido se
vuelve peor
hasta en pre-
sencia de los
medios que po-
drian retraerle.

Faraon, al ver que la lluvia, el granizo y los rayos habian cesado, agravó su pecado endureciéndose más y más: *Videns Pharaon quod cessasset pluvia, et grandis, et tonitrua, auxit peccatum.* (Exord. IX. 34).

Andan siempre aprendiendo, y jamás arriban al conocimiento de la verdad, dice S. Pablo. Son hombres de un corazon corrompido, réprobos en la fe. (II. Tim. III. 7-8).

No pueden sufrir lo que se les dice: *Non portabant quod dicebatur.* (Hebr. XII. 20).

La cera se derrite al sol ó al fuego, y el barro se endurece de igual manera, á pesar de ser de la misma naturaleza el calor producido. Lo propio sucede en el órden espiritual: los justos, que pueden compararse á la cera ante el Señor, se derriten y convierten en fuego del amor de Dios; y por el contrario, los corazones empedernidos, que no son más que barro, como el corazon de Faraon, se secan y se endurecen más á medida que Dios trata de abrasarlos en el fuego de su amor.

El corazon del empedernido se endurece aún más cuando se le amonesta con caridad ó se le amenaza con la ira de Dios.

Señor, dice Jeremías, azotasteis á estos *percersos*, y no les dolió; endurecieron sus frentes más que un peñasco, y no han querido convertirse á vos: *Domine, percussisti eos, et non doluerunt; induraverunt facies suas super petram, et noluerunt recerti.* (V. 3). Cuanto más experimentar la accion de la gracia, de la paciencia, de la bondad y de la justicia de Dios, más se empedernecen.....

Son más inpios y malvados á medida que Dios los ofrece más grandes y preciosos medios de salvacion. Ved si nó á los que no quieren cumplir con el deber pascual, á los que se resisten á una gracia extraordinaria de santos ejercicios, de mision ó de jubileo; áun son peores despues, y llegan hasta á burlarse de los que se aprovechan de la abundancia de gracias..... Su furor es semejante al de la serpiente, dice el Salmista, como el del aspid, que se hace sordo, que se tapa sus oidos para no oir: *Furor illis secundum similitudinem serpentis, sicut aspidis surda, et obturantis aures suas.* (LVII. 5).

El corazon endurecido imita al ángel malo.

No pueden aplicarse al corazon endurecido aquellas palabras del Apocalipsis: *¿Sed en dónde habitas, habitas con Satanás, estás en su escueta, él te instruye, y le imitas? Scio ubi habitas, ubi sedes est Satanæ.* (II. 13). El corazon endurecido vive como los demonios y los condenados. Muchos doctores creen que es tan orgulloso Satanás y está tan empedernido en el mal, que si Dios le dijese: Humíllate, pídemelo perdón, y te libraré de las eternas penas; preferiría ser eternamente desgraciado ántes que humillarse ó implorar misericordia, ántes que confesarse culpable y arrepentirse. Así tambien los corazones endurecidos prefieren la enemistad de Dios y la condenacion, ántes que volver en sí mismos, arrepentirse, humillarse y cambiar de vida. Han hecho pacto con la muerte, dice Isaías, y un convenio con el infierno: *Percussimus fedus cum morte, et cum inferno fecimus pactum.* (XXVIII. 15).

El corazon empedernido estudia el mal para cometerlo y vanagloriarse de ello.

El corazon endurecido discurre y calcula para hacer el mal, gastándose en este infernal trabajo, dice el Rey Profeta: *Scrutati sunt iniquitates, defecerunt scrutantes scrutatio.* (LXIII. 7).

El que es poderoso en la malignidad, se vanagloria de su malicia, dice el Salmista: *Gloriaris in malitia, qui potens est in iniquitate.* (LI. 3).

El corazon corrompido y endurecido se goza cuando obra mal, y hace gala de su maldad, dicen los Proverbios: *Latantur cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.* (II. 14).

El hábito de su endurecimiento es como un lecho en donde descansa con alegría, donde duerme sin remordimientos; y lo mismo que los demonios, no siente alegría sino al obrar mal; no teniendo gusto para el bien, sólo se deleita en la maldad, se ve arrastrado como por un movimiento natural; el mal le es familiar, se complace en él como el animal inmundó; se complace en revolverse en el barro: *Latantur cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.*

No sólo aquel pecador que no quiere convertirse pretende excusar y justificar sus crímenes, sino que hace alarde de ellos, no los encubre, dice Isaías: *Peccatum suum quasi Sodoma predicaverunt.* (III. 9). No hallaría bastante placer en su intemperancia, dice Bossuet, si no se alabase de ella públicamente, si no la hiciese gozar, dice Tertuliano, de toda la luz del dia y de todo el testimonio del Cielo: *At enim delicta vestra, et luce omni, et nocte anni, et tota cæli conscientia fruuntur.* (Ad Nation., lib. I. número 16). ¿Los veis aquellos orgullosos empedernidos que se placen en hacerse grandes con su licencia, que se imaginan elevarse muy por encima de las cosas humanas por el desprecio de todas las leyes, y creen que el pudor sólo procede de la timidez, y le consideran como cosa pueril é indigna? Estos hombres no sólo desprecian, sino que insultan públicamente á toda la Iglesia, á todo el Evangelio y la conciencia de todos los hombres.

Llegado al fondo del abismo del mal, el pecador endurecido todo lo desprecia; pero, dice la Escritura lejos de vanagloriarse, debiera ver que la ignominia y el oprobio le siguen: *Impius, cum in profundum veneri peccatorum, contemnit; sed sequitur eum ignominia et opprobium.* (Prov. XVIII. 3). Se burla de los consejos y del que se los da; se burla de todos los crímenes y de toda vergüenza; se burla del pudor y de la modestia, de todos los peligros, de todas las pérdidas, de todos los derechos divinos y humanos, de lo sagrado como de lo profano, del Cielo, de los ángeles, del mismo Dios, cuya providencia acaba por negar y tambien su existencia. Se rie de su conciencia, se rie de los suplicios, se rie de la virtud, de toda correccion, del perdón y del remedio. Es un frenético desesperado. Se rie vanidosamente de todas las cosas. Está cubierto de infamia y de deshonra, y se gloria y se alegra de ello. Estos son los últimos límites de la iniquidad, dice el profeta Malaquias: *Vocabuntur termini impietatis.* (I. 4).

El pecador empedernido, dice Jeremías, presenta el semblante de una mujer prostituta y atrevida cuya frente es incapaz de sonrojarse; la misma elevacion de espíritu y de corazon tiene él: *Frons mulieris meretricis facta est tibi; noluit erubescere.* (III. 3).

El corazón empedernido es el receptáculo de todos los vicios.

Todo está contaminado en el hombre empedernido, su alma y su conciencia, dice S. Pablo: *Inquinatae sunt eorum et mens et conscientia.* (Tit. I. 15). El hombre empedernido se precipita en la maldad, dicen los Proverbios: *Qui mentis est dura, corrueit in malum.* (XXVIII. 14).

De la cabeza á los pies todo su sér moral es una llaga, dice Isaias; sus heridas lúidas se enconan más cada día. ¿En dónde esta el aparato para cerrarlas, el remedio para calmarlas, y el bálsamo para dulcificarlas? (I. 6). No quiere salir de este horrible y deplorable estado, lo que ciertamente es el último exceso del mal....

Persoverancia en el endurecimiento.

Los pecadores endurecidos quisieran, si pudiesen, vivir siempre, á fin de poder pecar siempre, dice S. Gregorio; porque prueban evidentemente que desean vivir siempre para pecar siempre, puesto que no dejan de obrar mal mientras viven. La gran justicia de Dios determina por consiguiente que los que nunca han querido dejar de pecar durante su vida, sean castigados con un suplicio sin fin: *Volutissent, si potuissent, sine fine vivere, ut potuissent sine fine peccare. Ostendunt enim quia in peccato semper vivere cupiunt, qui nunquam desinunt peccare dum vivunt. Ad magnam ergo iustitiam iudicantis pertinet, ut nunquam careant supplicio, qui in hac vita nunquam voluerunt carere peccato.* (De penit., can. LX).

Quiere pecar con audacia y pecar siempre; y siempre pecan, y amando siempre el pecado, hacen como un pacto eterno con el pecado, con la muerte, el demonio y el infierno....

Violadores de mi ley, como dice el Señor por boca de Isaias, os vi ya en el seno de vuestra madre, y ya sabia que habiais de ser prevaricadores obstinados: *Ex tunc aperta est auris tua, scio enim quia pravariicans pravariocaberis, et transgressorem ex utero vocavi te.* (XLVIII. 8).

Os llamé, y no me respondisteis; hablé, y no hicisteis caso: *Vocavi, et non respondistis; loquutus sum, et non audistis.* (Isai. LXV. 12). Escuchad mi voz, les dije, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Pero ellos no me han escuchado, y se han sumergido en los deseos y en la depravacion de su corazón desde el día en que sus padres salieron de la tierra de Egipto hasta el día de hoy. Yo les envié á todos mis siervos, los profetas; mas los hijos de mi pueblo no me escucharon, sino que se hicieron sordos y endurecieron su cerviz y se portaron peor que sus padres. (Jerem. VII. 23-36).

¿Hasta cuándo será imposible el curarlos de su idolatria, dice el profeta Oseas? *Usquequo non poterunt emundari?* (VIII. 5). ¿Cuánto tiempo, dice S. Jerónimo, durará esta voluntad obstinada? ¿Dónde hallar una locura tan grande como el rehusar la curacion que el Señor ofrece? (Lib. super Math.).

Ved, dice S. Gregorio, el endurecimiento de los judios que no reconocen todavía á Jesucristo por Mesías, á pesar de las profecias que leen cada día y de los milagros que tuvieron lugar. Los elementos

insensibles reconocieron á su Autor; y el corazón de los judios, más duro que las peñas, no quiso reconocerle, y no han querido hacer penitencia. (Lib. Moral.).

A pesar de la bondad de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, Judas perseveró en su criminal endurecimiento, vendió á su Maestro, y se aboró de desesperacion: *Ille vero in malo suo proposito mansit.* Pecadores endurecidos, no sigais el ejemplo de Judas. (Homil. I. in Prod. Jude).

Es moralmente imposible, dice el gran Apóstol, que aquellos que han sido una vez iluminados, habiendo gustado el don celestial de la Eucaristia y que han sido hechos participes de los dones del Espíritu Santo; que los que se han alimentado de la palabra santa de Dios y la esperanza de las maravillas del siglo venidero; y á pesar de esto han caído, es imposible, digo, que puedan ser rehabilitados por la penitencia. Porque la tierra que embebe la lluvia que cae á menudo sobre ella y produce yerba que es provechosa á los que la cultivan, recibe la bendicion de Dios; mas la que brota espinas y abrojos, es abandonada de su dueño. Y queda expuesta á la maldicion y al fin para en ser abrasada. (Hebr. VI. 4-8). Si pecamos voluntariamente despues de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no hay desde aquel momento holocaustos por el pecado. (Hebr. X. 2-6).

El hombre pervertido se corrige muy difícilmente, dice el Eclesiástico: *Perversi difficile corriguntur.* (I. 16).

Estaba atado, dice S. Agustin, no con cadenas extrañas, sino por mi voluntad endurecida. Mi enemigo tenía mi voluntad, me habia forjado cadenas, y me tenia agarrotado: *Ligatus eram, non ferro alieno, sed mea ferrea voluntate. Velle meum tenebati inimicus, et inde mihi catenam fecerat, et constrinxerat me.* (Confess.).

El corazón empedernido no se convierte casi nunca, porque no quiere; prefiere continuar ofendiendo á Dios, y rechaza todos los medios propios para su salvacion. Entónces Dios se retira y le maldice; y sin Dios le es imposible volver de sus extravios.

Es precioso, sin embargo, no desesperar; todo le es posible á Dios; es omnipotente y lleno de misericordia: ha perdonado á otros grandes pecadores; pero no hemos de perseverar en el mal.

La causa del empedernimiento, dice S. Agustin, es la fuerza del desgraciado hábito del mal, que agobia el alma y no le permite respirar. (Lib. Confess.). Otra causa del endurecimiento es el no escuchar la palabra de Dios y no aprovecharse de ella....

La causa tercera es la egeñedad del espíritu y la afecion al pecado, que nos hace rechazar y despreciar el temor de Dios....

La causa cuarta es el orgullo. El corazón orgulloso es duro, inflexible é incorregible....

Es casi imposible salir del endurecimiento.

Causa del endurecimiento.

Señales del endurecimiento.

Hay cinco señales y cinco efectos de endurecimiento: 1.º la ceguera espiritual, de la que dice Job. En medio del día irán tan-tando como en las tinieblas, y vacilarán como si estuviesen ebrios: *Palpabunt quasi in tenebris, et non in luce, et errare eos faciet quasi ebrios.* (XII. 25).

2.º La sordera voluntaria. Han dicho á Dios: Retiraos de nosotros, no queremos conocer el camino que nos indicáis: *Qui dixerunt Deo: Recede á nobis, et scientiam viarum tuarum volumus.* (Job. XXI. 14).

3.º El desprecio de Dios y de los hombres. Cuando el impío ha bajado al fondo del abismo, todo lo desprecia: *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* (Prov. XVIII. 3).

4.º La obstinacion en no querer corregirse.....

5.º El entorpecimiento y el sueño espiritual.....

Desgracias que causa el endurecimiento.

Quando las vírgenes locas se presentaron á la puerta del esposo, dice el Evangelio, llamaban diciendo: Señor, abridnos; pero El les respondió: En verdad os digo que no os conozco: *Amen dico vobis nescio vos.* (Matth. XXV. 11-12).

Si hay un ser á quien Dios no conozca, es el corazon endurecido. Y aquel á quien Dios no conoce, no es conocido del Cielo, ni de los ángeles, ni tampoco de los bienaventurados; no es conocido más que del demonio, de la muerte y del infierno. ¡Considerad la desgracia del hombre empedernido!.....

Desgraciados, exclama S. Agustín, aquellos corazones de quienes Dios se retira y huye: *Vá illis á quorum lapideis cordibus Deus fugit!* (Lib. Confess.).

No hay paz para el impío, dice Isaías: *Non est pax impiis.* (XLVIII. 22).

El corazon empedernido es como un mar tempestuoso: *Impius quasi mare fercens.* (Isai. LVII. 20).

Es un estado de muerte, ya en esta vida, el estado de un corazon empedernido. Está entregado á sus reprobados sentidos, y no es ya más que un buque cascado, y hundiéndose en el abismo, incapaz de contener la gracia.....

Desgraciado durante su vida por la privacion de todo goce verdadero, el corazon endurecido es todavia más desgraciado en la hora de su muerte. El corazon endurecido será muy desgraciado en el último de sus dias, dice el Eclesiástico: *Cor durum habebit male in novissimo.* (II. 27). Nadie se atreve á advertir á un pecador endurecido del riesgo de muerte en que se halla, porque todos temen no poder convertirle, y muchas veces Dios permite que muera como ha vivido.....

En este momento supremo, su corazon se marchita más y más, la confianza huye lejos de él. Sus mismas esperanzas causarán abominacion y tormento á su alma, dice Job. (XI. 20).

En la hora de la muerte, dice el Salmista, el pecador endurecido verá, y se irritará; rechinará los dientes, se consumirá, y se desvanecerán sus deseos: *Peccator videbit, et irascetur; dentibus suis fremet et tabesce; desiderium peccatorum peribit.* (CXI. 10).

Corazones empedernidos, dice S. Pablo, ¿despreciáis las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y de su largo sufrimiento? ¿No reparáis que la bondad de Dios os está llamando á la penitencia? Y sin embargo, con vuestra dureza y vuestro corazon impenitente recaudais un tesoro de ira para el día de la venganza y de la manifestacion del justo juicio de Dios: *¿An divitiis bonitatis ejus, et patientie, et longanimitatis contemnitis? Ignoras quoniam benignitas Dei ad poenitentiam te adducit? Secundum duritiam tuam et impenitens cor, thesaurizas tibi iram in die iræ et revelationis justi judicii Dei.* (Rom. II. 4-5).

Señor, dice el Salmista, precipitaréis á los impiós en el abismo: *Deduces eos in puteum interitus.* (LIV. 24). Ya no verán jamás la luz: *In aeternum non videbit lumen.* (Psal. XLVIII. 20).

Los empedernidos murmuran y blasfeman contra Dios; Dios les oye, y el fuego de su cólera se enciende, y estalla su ira: *Male locuti sunt de Deo; ideo audivit Dominus, et distulit, et ignis accensus est, et ira ascendit.* (Psal. LXXVII. 19-21).

El corazon empedernido, añade el Salmista, ha amado la maldicion, y esta maldicion vendrá sobre él; no ha querido la bendicion, y ésta se alejará de él; se ha cubierto con la maldicion como con una capa, y esta maldicion ha entrado como el agua en sus entrañas, y como el aceite en sus huesos. Sea ella para siempre el vestido con que se cubra, y la cintura con que se cina (1).

Pecadores endurecidos, huid de Dios, pero no os escapareis de sus venganzas..... La recompensa de una voluntad terca y endurecida, será la obstinada y perpétua pena del infierno.....

Aunque cometido en el tiempo, dice S. Bernardo, el crimen de un corazon inflexible y obstinado en el endurecimiento es castigado durante la eternidad; porque este crimen, que tan pronto pasa en el tiempo y en la accion, dura muchísimo por la voluntad pertinaz en el mal; de tal manera, que si el pecador endurecido no muriese nunca, nunca querría dejar de ofender á Dios; ántes, al contrario, querría vivir siempre, para poder siempre obrar mal: *Ob hoc inflexibilis et obstinata mentis malum puniunt aeternaliter, licet temporaliter perpetratum; quia quod breve fuit tempore, vel opere, longum esse constat in pertinaci voluntate; ita ut, si nunquam moreretur, nunquam velle peccare desineret, imo semper vivere vellet, ut semper peccare posset.* (Epist. CCLIII).

(1) Dilixit maledictionem, et respicit eam, et nolit benedictionem, et elongabitur ab eo. Et iudicium maledictionem sicut vestimentum, et introit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus. Fiat ut sicut vestimentum quo operitur, et sicut zona qua semper circumcingitur. CVIII. 18-19.

Castigos que ha de sufrir el corazon empedernido.

Si no me escuchais, dice el Señor en el Levítico, y si no cumplís todos mis mandamientos; si despreciáis mis leyes, y no hicieréis caso de mis juicios; dejando de hacer lo que he ordenado, y violando mi pacto, ved aquí la manera con que yo también me portaré con vosotros: os castigaré de repente con la pobreza y con un ardor que os abrasará los ojos y consumirá vuestras vidas; os dirigiré una mirada con rostro airado, y caeréis á los pies de vuestros enemigos; traeré sobre vosotros para castigaros males siete veces mayores por causa de vuestro endurecimiento. Quebrantaré el orgullo de vuestra rebeldía, y haré que para vosotros sea el cielo de hierro, y de bronce la tierra. Inútil será todo vuestro trabajo; vuestra tierra no producirá su esquilmo, ni los árboles darán fruto; enviaré contra vosotros las fieras del campo para que os devoren á vosotros y á vuestros rebaños. Y si todavía no queréis arrepentiros y marchais contra mí, yo también marcharé contra vosotros y os heriré constantemente; os arrojaré la espada vengadora; y si os refugiáis á las ciudades muradas, os enviaré la peste, y caeréis en manos de vuestros enemigos. Pereceréis entre las naciones, y la tierra enemiga os consumirá. (XXVI).

El empedernido Faraon es castigado con diez plagas, y acaba por perecer en el mar Rojo. El brazo de la justicia de Dios no es ahora menos temible, y los que imitan á Faraon serán también ahora severamente castigados.

El endurecimiento del corazón es el camino que lleva en derachura al abandono de Dios, á la impenitencia final y á la reprobación eterna....

La ceguera del espíritu pertenece propiamente á la inteligencia, y el endurecimiento á la voluntad; una y otro son afectos al pecado, y la causa del pecado, y la pena del pecado....

Oíd á Jeremías: Hé aquí lo que dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Yo voy á traer sobre esta ciudad y sobre todas las ciudades que dependen de ella, todos los males con que yo la he amenazado; ya que han endurecido su cerviz para no atender á mis palabras: *Hec dicit Dominus exercituum, Deus Israel: Ecce ego inducam super civitatem hanc, et super omnes urbes ejus, universa mala que locutus sum adversum eam; quoniam induraverunt cervicem suam, ut non audirent sermones meos.* (XIX. 45).

No me habeis escuchado, dice el Señor; y por esto os vais á quedar á merced de la espada, de la peste y del hambre, y os enviaré desparramados por todos los reinos de la tierra. (Jerem. XXIV. 15-17).

Y el Señor dijo á Oseas: Pon á esta criatura por nombre *No más misericordia*, porque yo no usaré ya en adelante de misericordia alguna con los hijos de Israel: *Voca nomen ejus Ansque misericordia, quia non addam ultra misereri domui Israel, sed obliatione obliviscar eorum.* (I. 6).

El más terrible castigo para el pecador es ser olvidado de Dios; es

la prueba de la impenitencia y de la obstinación por parte del pecador, y del abandono y de la reprobación por parte de Dios. Olvidado de Dios, nada tiene que esperar de El el hombre endurecido, nada de su gracia, nada de su sabiduría, ningún bien. La causa de este olvido, de este abandono de Dios, procede de que aquel corazón empedernido es el primero que abandona á Dios; y el que olvida y abandona á Dios, bien merece la pena del Talion, es decir, que Dios le olvide y le abandone á su vez....

Ved el castigo de los judíos decididas....

El hombre es quien propia, directa y activamente se ciega, se endurece y se abandona á sus reprobadas inclinaciones....

Dicen que Dios endurece al hombre criminal; pero, si lo hace, es indirectamente. Porque el endurecimiento es una afección culpable y directa por la cual el hombre rechaza la gracia y pone obstáculos voluntarios para impedirle obrar misericordiosamente; y siendo esto impedimento voluntario y exclusivo del hombre obstinado, es un pecado grave que obliga á Dios á retirarse. Al retirarse Dios, el pecador no puede ya volver á levantarse, y de ahí viene el endurecimiento....

Dios ciega y endurece al hombre: 1.º permitiendo que se ciegue y endurezca...; 2.º quitándole poco á poco, porque lo merece, no la gracia suficiente, sino la gracia eficaz, la abundancia de las gracias...; 3.º dejando al demonio más poder sobre el hombre...; 4.º presentando al hombre ocasiones de caída, ocasiones que son circunstancias buenas ó indiferentes en sí mismas, como, por ejemplo, la vista de ciertas personas, las riquezas, los honores y las aflicciones. Dios prevé que con estas ocasiones caerá el hombre en el pecado, pero libremente, por su propia voluntad, y se empedernirá en tal estado. Cuando Dios le presenta estas ocasiones, no es sin embargo para hacerle caer, porque Dios no tienta á nadie, ni quiere directamente la pérdida de nadie, habiendo muerto por la salvación de todos; pero presenta estas ocasiones para hacer un bien, para experimentar y para obligar á merecer. Así endureció Dios á Faraon, enviando las plagas de Egipto, con objeto de que, al verlas, el Rey se humillase y obedeciese; pero irritado Faraon por los castigos que padecía, se volvió más obstinado, más endurecido, y resistió aún más á Dios. Así, el endurecimiento de Faraon provino directamente de su propia falta, de su propia voluntad....

Dios endurece al pecador no teniendo lástima de él, y abandonándole á su endurecimiento y á sus pecados. Cuando un padre adoptivo quiere colmar de bienes y de riquezas al hijo que adopta, si este niño se burla de su bienhechor, lo desprecia y huye de él, ¿es culpable dicho padre con abandonar y echar lejos de sí á aquel ingrato? Y si aquel rebelde llega á ser desgraciado, ¿quién tiene la culpa? ¿quién es culpable? ¿quién de los dos debe ser condenado?

En Dios, endurecer es no tener lástima, es dejar á alguno por-

El endurecimiento es obra del pecador, y no de Dios.

que lo mereca. Dios jamás es el primero que abandona; y si se aleja del hombre, es el hombre el que le fuerza á retirarse.....

Isaías, así como el Rey Profeta, enseña de una manera clara y evidente que los pecadores se empedernece á sí mismos propia y directamente con su malicia. Cuando extendereis los brazos hácia mí, dice el Señor por boca de Isaías, apartaré mi vista; rogaréis, y yo no os escucharé; porque vuestras manos están ensangrentadas. Lavaos, purificaos, haced desaparecer de mi vista la malicia de vuestros pensamientos, cesad de practicar la injusticia, aprended á obrar bien, amad la justicia, ayudad al oprimido, protegéd al huérfano, y defended á la viuda. Y venid y acusadme, dice el Señor, si vuestros pecados, tan encarnados como la escarlata y el bermellón, no quedan tan blancos como la nieve ó el vellón más puro (1).

Escuchad ahora al Real Profeta: Si oís hoy la voz del Señor, dice, no se endurezcan vuestros corazones: *Hodie, si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (XCIV. 8). No es pues Dios el que endurece directamente...; se le obliga á que retire su gracia.

Y hablando todavía de Faraon, desgraciado modelo de los endurecidos, es evidente que por su propia malicia y voluntad llegó á endurecerse. Está claramente probado, 1.º, en que Dios le envió diez veces á Moisés para que permitiese marchar á los Hebreos: Dios no quería pues más que la salida, la marcha de su pueblo; no quería endurecer á aquel Rey de Egipto; y si enviaba plagas, no era más que para obligarle á dejar á los Israelitas en libertad... 2.º Dios castigó severamente á Faraon que se obstinaba: Dios no es pues el autor de las faltas que venga, dice S. Fulgencio: *Deus reluctantem Pharaonem gravissime punivit; atque Deus non est auctor eorum cujus est ulior.* (Epis. IV). 3.º La Escritura atribuye al mismo Faraon su falta y su empederamiento. Se dice en el Éxodo: Viéndose Faraon libre del mal, apesgó su corazón: *Videns Pharaon quod data esset requies, ingravitavit cor suum.* (VIII. 13). Se dice también que viendo Faraon que la lluvia, la piedra y los truenos habían cesado, agravó su pecado y se obstinó su corazón: *Videns Pharaon quod cessaret pluvia, et grandis, et tonitrua, auccit peccatum; et ingravitatum est cor ejus.* (Éxod. IX. 34-35).

Dice S. Pablo que Dios usa de misericordia con quien quiere, y endurece ó abandona en su pecado al que le place: *Cujus vult, miseretur; et quem vult, indurat.* (Rom. IX. 18). He aquí el verdadero sentido de estas palabras: los judíos incrédulos y sus imitadores han sido rechazados de la justicia; pero los cristianos creyentes han sido justificados. Así explicadas las palabras de S. Pablo, pues este es su verdadero sentido, resuelven todas las dificultades: este era el fin y

(1) Cum extenderitis manus vestras, avertam oculos meos á vobis; cum multiplicaveritis orationes, non exaudiam; manus enim vestre sanguine plene sunt. Lavamini, mundi estote, auferite malum cogitationum vestrarum ab oculis meis; quiescite cogere perverse. Dicite benedictio, quiesce iudicium, subverte opprobium, iudicate populo, defudit viduam. Et vocatis, et arguite me, dicit Dominus: si fuerint peccata vestra ut caecium, quasi nix desolabuntur, et si fuerint rubra quasi vermiculus, velut lana alba erunt. I. 15-18.

la intencion del Apóstol. Los cristianos han sido elegidos para la justificacion, y á los judíos se les ha excluido; porque los cristianos han abrazado la fe de Jesucristo, y los judíos la rechazaron.....

Los judíos son los que positiva y directamente se han endurecido á sí mismos; hé ahí por qué han llegado á ser vasos de ira y de reprobacion. Dios no los ha hecho así, sino que les ha sufrido, es decir, que en su paciencia ha permitido que pecasen, difiriendo largo tiempo el castigo; y en este sentido es como se dice que Dios les ha empederado. No es Dios el que les ha hecho vasos de cólera; muy al contrario, ellos mismos son los que por su falta y su voluntaria impenitencia se han convertido directamente en vasos de cólera y de reprobacion.....

Dios está siempre pronto á tener misericordia del que se la pide..

El bien y la predestinacion vienen de Dios; pero el mal y la reprobacion vienen de nosotros.... Sólo el hombre pueda pecar y peca; pero sólo Dios le saca del pecado, cuando el hombre no se opone ni quiere oponerse á la accion de la gracia de Dios.....

Los medios de salir del endurecimiento son:

1.º Escuchar la voz de la gracia de Dios: *Audite me, duro corde, qui longe estis á justitia.* (Isai. XLVI. 12).

Hijo del hombre, ¿piensas que estos huesos secos han de resucitar?... Tú les dirás: ¡O muertos! escuchad la palabra de Dios: *Fili hominis, ¿putasne vivent ossa ista?... Et dices eis: Ossa arida, audite verbum Domini.* (Ezech. XXXVII. 3-4).

2.º Orar y obedecer á Dios. Jonás huyó de Dios, y una ballena se lo tragó; Jonás en el vientre de aquel pez monstruo dirigió su oracion á Dios, y Dios le salvó. (*Jon. I. 2*).

3.º Aplicarse á amar á Dios. No hay corazon de bronce tan endurecido que no pueda ablandarse con el fuego del amor de Dios, dice S. Agustin: *Nihil tam durum et ferreum, quod non igne amoris vincatur.* (Lib. de Morib. Eccles. c. XXII).

4.º Estar firmemente resuelto á salir del pecado.....

5.º Tener una gran devocion á la santa Virgen. Esta devocion obra milagros.....

Medios de salir del endurecimiento.

ENVIDIA.

¿Qué es envidia?

La envidia, dice S. Agustín, es el odio por la felicidad de otros: *Quid invidia, nisi odium felicitatis alienae?* (Homil. XX. inter L.).

¿Qué es envidia? preguntaron á Aristóteles. Es, respondió, la antagonista de la prosperidad. (*Ethic.*).

La envidia es el triste y secreto efecto de un orgullo pusilánime, que se siente rebajado ó anonadado por cualquier brillo de los demás y no puede soportar la luz más insignificante.

La envidia es una pasión abominable.

La envidia es la más baja, la más odiosa, la más vituperada de todas las pasiones, dice Bossuet; pero tal vez la más común y aquella de quien pocas almas se hallan enteramente puras. Los hombres quieren manifestar delicadeza, y la lisonja de nuestro amor propio nos hace tan grandes á nuestra vista, que tomamos por un atentado la menor esperanza de contradicción, y nos arrebatamos por poco que se nos hiera. Pero lo más particular y desarreglado en nosotros, es que un delicados somos, que nos irritan sin hacernos mal, nos hieren sin tocarnos.—Uno, por ejemplo, hace su fortuna inocentemente, y nos convierte en enemigos suyos con su buen éxito: entonces, ó su virtud nos hace sombra, ó su reputación nos ofusca. Los escribas y fariseos no podían sufrir á Jesucristo, ni la pureza de su doctrina, ni la inocente sencillez de su vida y de su conducta, que confundía su hipócrita envidia, su orgullo y su avaricia.

¡O envidia, exclama perfectamente S. Gregorio Nazianceno, tú eres la más justa y la más injusta de todas las pasiones! Injusta ciertamente, porque afliges á los inocentes; pero justa también á la vez, porque castigas á los culpables: injusta, porque atormentas á todo el género humano; pero soberanamente justa, porque empiezas tu obra maligna por el corazón que te concibe. (*Anton. in Meliss., lib. I. c. XXVI.*)

Los celos y la envidia son cierto conflicto entre las pasiones más furiosas.

La envidia atormenta al que la posee.

La envidia es el tormento supremo del que la abriga. Así como el moho consume el hierro de que ha salido, dice Antístenes, así es consumido el envidioso por su propio vicio: *Sicut ferrum consumit rubigo ex ipsomet nata, ita invidius suo ipsius vitio contabescit.* (Apud. Laertium, lib. VI. c. I.).

La envidia, dice S. Crisóstomo, es siempre el verdugo de su autor: ella hace más sensible el sufrimiento, atormenta el espíritu, crucifica el alma y corrompe el corazón. ¿Qué más diremos? El que la abriga, experimenta su tiranía y su suplicio sin término, porque es amigo de guardar á este enemigo doméstico. ¿Qué fin

pueden tener los tormentos del que se aflige por el bien de los demás, del que se atormenta por la felicidad de otros? (1).

El envidioso está siempre agitado; está furioso como un lobo voraz, lleno de indignancia y de miseria: la envidia es un veneno lento que arruina la salud. Se conoce al envidioso por su rostro pálido y lleno de ira; imita á Satanás y participa de su crimen. La envidia ciega, y amontona la ira y la tristeza....

Sócrates compara la acción de la envidia sobre el espíritu con la de la tierra en el cuerpo: *Invidia est animi invidentis terra.* (Anton. in Meliss., lib. I. c. XXVI).

La envidia, dice S. Agustín, es el gusano roedor del alma, su mancha y su verdugo; es una vivora: *Invidia est anima tinea, tabes, carmifex, viper.* (De Morib.).

Preguntándose á Sócrates qué es lo que es dañoso á los buenos y atormenta á los malos, contestó: La felicidad de los malos es dañosa á los buenos; y la prosperidad de los buenos atormenta á los malos con la envidia. (*Anton. in Meliss., lib. I. c. XXVI.*)

Los hermanos de José concibieron una envidia mortal, porque Jacob amaba más á éste que á ellos; y de ahí nació el odio, la ira y la venganza. (*Gen. XXXVII. 4.*)

El envidioso tiene los ojos enfermos; todo lo que es brillante y hermoso, le ofende y daña; está agitado, atormentado por la gloria y la virtud de los demás; y su envidia aumenta á medida que se acrecienta la gloria y la virtud del prójimo.

El envidioso es dos veces desgraciado; lo es por sus males y por los bienes de los demás. El envidioso hace muchas veces con su envidia más grande y más feliz á aquel cuya posición condicia. Así los hermanos de José con su cruel envidia fueron causa de la elevación, del honor y de la gloria de su hermano.

San Gregorio enseña que el envidioso tiene un espíritu pusilánime, un corazón estrecho, vil y abyecto; porque teniendo envidia de los demás, prueba que es más pequeño que ellos y que es inferior; da á luz su pequeñez y su pobreza, y prueba en efecto que no tiene lo que envidia y codicia. (*Lib. V. Moral.*)

La envidia hasta abate y consume el cuerpo. Así dicen los Proverbios que la envidia es carcoma de los huesos: *Putredo ossium invidia.* (XIV. 30).

La envidia es la más cruel de las enfermedades y la más terrible muerte del corazón.

El envidioso siente que otro posea tanto como él; siente tener menos que otro.

¡O envidia, exclama S. Crisóstomo, manantial de la muerte, enfermedad que contiene á todas las enfermedades, y agudísima punta

(1) Invidia suorum semper carmifex extitit; extendit sensus, torquet animos, discruciat mentes, corda corrumpit. Quid plura? Hanc qui recipit, sua sustinet sine fine supplicia, qui in se invidiosum semper diligit habere torquentem. (Quis ibi malorum? Inis, ubi altius bonum ponit est, ubi cruciatas est aliena felicitas? *Serm. CLXXXII.*)

que atraviesa el corazón! *¡O invidia, mortis radix, multiplex morbe, cordis acutissime clavel!* (Anton. in Meliss., lib. I, c. XXVI).

¡O suprema injusticia de la envidia! exclama Paladas: el envidioso odia la felicidad de los demás: *¡O maximam invidia improbitatem! invidios odit fortunatum.* (Apud Stobæum, serm. XXXVIII).

El que envidia la opulencia, dicen los Proverbios, no ve que ha de caer en la pobreza: *Qui aliis invidet, ignorat quod egestas superveniet ei.* (XXVIII. 22).

La envidia, dice S. Bernardo, es la lepra del alma: destruye el buen sentido, quema las entrañas, agobia el espíritu de pesar, roe el corazón como un cáncer, aniquila todos los bienes con sus emponzoñados ardores. El envidioso comete un pecado enviando á los demás. *¡O envidiosos que codiciáis la felicidad ajena, no destruyáis la vuestra; porque si la muerte espiritual acompaña siempre á la envidia, no podéis á un mismo tiempo envidiar y vivir!* (1).

La envidia, dice la Escritura, es un tormento implacable como el inferno; sus brasas, brasas ardientes y un volcán de llamas: *Dura sicut infernus æmulatio; lampades ejus, lampades ignis atque flammæ.* (Cant. VIII. 6).

La envidia es el veneno más poderoso del amor propio; éste veneno empieza por consumir al que lo arroja sobre los demás, y le lleva á los más negros atentados. El orgullo es naturalmente empujador, y quiere brillar; pero la envidia es hipócrita se oculta bajo toda clase de pretextos, y se place en los más secretos y negros manejos....

Furores y estragos de la envidia.

La envidia, dice S. Crisóstomo, es una especie de peste: coloca al hombre en la condicion en que se halla el demonio, y hace de él uno de los más crueles espíritus infernales. La primera muerte fué cometida por mano de la envidia; la envidia desconoció el amor fraternal: *Invidia pestiferum malum, hominem in diaboli conditionem, atque in demonem immatissimum convertit. Invidia prima hominis cedes apparuit; invidia fraterna caritas contempta est.* (Homil. XII. in Matth.).

1.º La envidia manifiesta un espíritu vil y despreciable.... 2.º La envidia no sufre superioridad.... 3.º Impide y destruye muchas veces las cosas más grandes.... 4.º Es amarga y está llena de hiel.... 5.º Se complace en dos cosas principalmente, en alegrarse de los males, y alijarse de la prosperidad ajena.... 6.º Es la desgracia suprema del hombre....

El envidioso, dice S. Basilio, es aborrecido en todo y por todos; es semejante á un buque agitado por la tempestad; es semejante á los demonios: *Vir invidus omnibus modis execratur; invidus similis*

(1) Invidia est animi laceransensum comedit, pectus urit, mentem afficit; cor hominis quasi quedam pestis depascit, et cuncta bona ardore pestifero devorat. Invidus alienum bonum suum facit invidando peccatum. O quisquis es qui saluti invidios alienæ, parito vel tunc. Si enim ubi invidia, ibi mors, profecto non potes simul et invidere et vivere. De Interiori domo, c. XLII.

naci cum jactatur de fluctibus maris; invidus homo particeps demoniorum efficitur. (Homil. de invid.).

La envidia, fué, dice S. Agustín, la que arrojó al ángel del Cielo, y al hombre del paraíso terrestre; ella es la que mató á Abel, la que armó á los hermanos de José, arrojó á Daniel en la fosa de los leones, crucificó á Jesucristo, y ahorcó á Judas. *¡O hermanos míos, predicad á altas voces que la envidia es la bestia feroz que arrebató la fe, destruye la concordia, aniquila la justicia, y engendra todos los males. Ella es la que destruyó los muros de Jerusalem, despoló á Roma, arrasó á Cartago, y devastó la ciudad de Troya!* (1).

Huyamos de la envidia como de un mal intolerable, dice S. Basilio, como siendo el resultado de la orden dada por la serpiente, la invencion del demonio, el alimento de nuestro enemigo, las arras del castigo, un obstáculo para la piedad, el camino del infierno, y la privacion del reino de los cielos. Los envidiosos convierten en vicios hasta las más bellas virtudes, no dejando nunca de calumniar á todo lo que es digno de alabanza (2).

Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, dice la Sabiduría: *Invidia autem diaboli mors introivit in orbem terrarum.* (II. 24).

San Crisóstomo llama á la envidia invencion de Satanás, peste la más espantosa, vicio el más negro y horrible, y bestia feroz que todo lo destruye, haciendo desaparecer la salvacion: (Homil. XII. in Gen.).

La envidia, dice S. Gregorio de Nisa, es el mayor de los males, madre de la muerte, primera puerta del pecado, y raíz de los vicios: *Invidia malorum princeps, mortis mater, prima peccati janua, vitiorum radix.* (Homil. in Gen.). La envidia, dice el mismo Santo Doctor, es el principio de los dolores, la madre de la miseria, la causa de la desobediencia, el manantial de la ignominia, un agujon emponzoñado, un puñal oculto, la enfermedad de la naturaleza, una bilis venenosa, una llaga funesta, un dardo de hiel, un potro que sujeta al hombre, una llama que devora el corazón, y un fuego interior. Los envidiosos son aves de rapiña. (Homil. in Gen.).

Los envidiosos, dice S. Crisóstomo, son peores que leones, semejantes á los demonios, y áun casi más malos; porque los leones nos atacan movidos por el hambre, ó porque se les provoca y se les irrita. Pero, haciendo beneficios á los envidiosos, corresponden haciendo daños; atrayéndoles con favores, atacan y persiguen. Y hasta los mismos demonios, aunque es verdad que nos hacen una guerra

(1) Hæc est que angelum de Cælo projecit, hominem de paradiso exilavit. Abielem occidit, contra Joseph fratrem amavit. Dunsidem in horum leonum missis, caput nostrum cruci afflicxit, et Judam suspensio sustulit. Fratres mei, super lecta predicatæ quod invidia est illa fera pestis que idem tollit, concordiam dissipat, justitiam disperdit, et omnia mala generat. Hæc muros Jerusalem everit, Romam depopulavit, Carthaginem destruxit, Trojam devastavit. Serm. XVIII. de Temp.

(2) Fugiamus intolerabile malum, serpentis proceptum, diaboli inventum, inimici estis, punitiois arrebatu, pietatis impedimentum, via ad gehennam, regni celorum privatio. Omnes virtutes species in vicium vitiosum nomina convertunt invidi; nusquam calumnia rubus laudatis dedicente. Homil. de Invid.

encarnizada, no se persiguen unos á otros: por esto cerró Jesucristo la boca á los judíos envidiosos, cuando movidos de rencor decían que Jesucristo arroja los demonios en nombre de Beelzebú, príncipe de los ángeles malos. Si Satanás, contestaba él, echa fuera á Satanás, es contrario á sí mismo: ¿cómo pues ha de subsistir su reino? Por esta razón, añadió él, los mismos demonios serán vuestros jueces: *Si Satanás Satanam ejecit, quomodo stabit regnum ejus? Ideo ipsi judices vestri erunt.* (Math. XII. 26-27). Pero los envidiosos no respetan á sus semejantes, ni tampoco á sus parientes: se hacen una guerra cruel; porque el envidioso detesta al envidioso, el celoso maldice al celoso. Este crimen, añade S. Crisóstomo, no es perdonable: *Omni venia caret hoc peccatum.* El lascivo, en efecto, puede dar por excusa la fuerza de la concupiscencia; el ladrón puede alegar la necesidad, la pobreza; el asesino puede excusarse con su ira. Pero vosotros envidiosos, decidme ¿qué excusa podreis dar? *Tu vero quomodo dicis causam, rogo?* Ninguna, sino vuestra perversidad sin límites: *Nullam penitus, nisi tantum intensam nequitiam.* Este vicio es peor que la fornicación y que el mismo adulterio: *Hoc vitium, et fornicatione pejus est, et adulterio.* Porque el furor del vicio impuro halla límites en la misma acción; pero el furor y los estragos de la envidia destruyen la Iglesia y el mundo entero. Por la envidia mató el demonio al género humano en la persona de Adán. (*Homil. in Gen.*)

La envidia motiva todos los engaños, todos los disimulos, las sospechas, los odios, las guerras, las sediciones, los cismas, las herejías y todas las revoluciones políticas y religiosas. ¡Muera pues la envidia, que tantos estragos ha causado!....

La envidia se alegra de los males y se alige de los bienes del prójimo. Se opone á todas las acciones honrosas, dice Aristonyme: *Invidia honestis actionibus obstitit.* (In Diatrib.).

Es un azote espantoso la envidia, dice S. Crisóstomo; este azote se ha extendido por el mundo entero, assolándolo todo. De ahí provienen la injusticia, las heridas, los odios y la avaricia. (*Homil. LXIII. in Joann.*)

Los espantosos estragos de la envidia son palpables, dice S. Cipriano, son innumerables. La envidia es la raíz de todos los males, el manantial de las disputas y pleitos, el arsenal de todos los crímenes, y la materia de todos los desórdenes. La envidia mata el temor de Dios y la ciencia de Jesucristo. Todo lo hace olvidar la envidia, la muerte, el juicio, la salvación y hasta Dios. (*Tract. de Zelo et Livore.*)

Los envidiosos, dice S. Próspero, aman el mal, y sienten y lloran el bien; arden en enemistad gratuita, y están llenos de hipocresía; siempre llenos de amargura, siempre vacilantes, son los amigos del demonio, y los enemigos de Dios, de la sociedad y de sí mismos; son odiosos á todos los hombres; se atormentan por lo que debiera ser su consuelo, y rebosan de alegría cuando habrían de llorar amar-

gamente. Perversos y crueles para sí mismos, lo son también para los demás. (*De Vita contemplat., lib. III. c. IX.*)

La envidia tiene por allegados el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría en las desgracias, y la tristeza en las prosperidades ajenas.....

La envidia, dice S. Cipriano, excita la ambición, el desprecio de Dios y de su servicio; excita el orgullo, la perfidia, la prevaricación, los arrebatos, las discordias y crueldad; la envidia no puede sufrirse ni contenerse cuando encuentra la autoridad en su camino. Ella rompe los lazos de la paz y de la caridad; ella corrompe la verdad, destruye la unidad, y se encamina directamente al cisma y á la herejía. ¡Qué crimen más horrible que tener envidia de la virtud y de la felicidad de los demás, y aborrecer en ellos sus méritos naturales ó sobrenaturales! ¡Qué crimen convertir en mal el bien de los demás, no poder sufrir los progresos de otros, y experimentar atroz tormento por la felicidad ajena! ¡Qué locura y que furor dar entrada en nuestro pecho á un verdugo, á un tirano que desgarras las entrañas! (*Serm. de Zelo et Livore.*)

La envidia se oculta en un principio; se traduce primero en maledicencias disfrazadas, y luego en calumnias, en traiciones; y todos los malos artificios, que son su obra y herencia, vienen siguiendo la marcha de la serpiente. Pero, cuando, con tan tristes y sombríos artificios, la envidia se ha sobrepuesto á todo, estalla y reúne á la vez contra el inocente, cuya gloria le confunde, el insulto y la burla, con toda la amargura del odio y los últimos excesos de la crueldad.....

Y la envidia es un mal sin fin. Los otros males, dice S. Cipriano, tienen un término; pero la envidia no lo tiene; es un mal que siempre es mal, es un pecado sin fin: *Mala cetera habent terminum; invidia hominum non habet; permanens jugiter malum, et sine fine peccatum.* (Serm. de Zelo et Livore).

Los remedios contra la envidia, son: la humildad, la modestia, el desprecio de la gloria y de los bienes temporales, y el deseo de los eternos. La templanza en el sono de las riquezas excluye también la envidia.

La dulzura, la mansedumbre, la bondad y la caridad destruyen la envidia.....

Huyamos de la envidia. No seamos ambiciosos de vanagloria, dice S. Pablo á los Gálatas, provocándonos los unos á los otros, y recíprocamente envidiándonos: *Non efficiamur inanis gloriae cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes.* (V. 26).

Hemos de alegrarnos del bien de los demás. ¡Qué importa! dice S. Pablo á los Filipenses, con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado en esto, me gozo, y me gozaré siempre: *Quid enim? Dum omni Christus annunciat, et in hoc gaudeo, sed et gaudebo.* (I. 18).

Hemos de alegrarnos con los que se alegran, y participar de las aflicciones de los tristes, sufriendo con ellos.....

Remedios contra la envidia.